

Claro de luna

Elda Peralta

Amanece. No tardan en venir por mí. No tengo miedo. Mi alma está reseca como un tronco fulminado por el rayo. Es justo lo que me sucedió esa noche, cuando me dejé atrapar por la luna llena. No sé qué me dio por voltear a verla y dejar que mi cara se bañara con su luz; y luego, salir a la calle si sabía que Raúl estaba ocupado. Me había dicho que llevaría a unos clientes a cenar. Cuando enfilé el coche hacia su calle, lo hice por pura costumbre. Y por hábito, nada más, volví la vista a su ventana al pasar por su casa. Estaba prendida la luz y eran sólo las once. Me entraron dudas.

¿Por qué lo hice? ¿Por qué a él y no a ella? Estaba trastornada. Un solo golpe y el hilo de la vida escapa de la carne con la sangre oscura, casi negra, que se va extendiendo por el piso. Al llegar a las fisuras de la madera, se separa en canales delgadas que siguen el entramado, por un lado, por el otro, luego se juntan y se separan. Con el dedo, despejo una brizna de polvo para que el arroyo de la sangre siga corriendo...

"No, Raúl, no me prometas nada que no vayas a cumplir." Pero tú, con tu voz cálida: "Nunca te dejaré". El semen y la sangre son la savia de todo lo que se convierte en muerte. Son iguales, menos en el color. Por eso no me extrañó, al tocarte, que no manara semen sino sangre. Salí por la puerta a la calle, donde mis pisadas desiertas resonaban en la acera. Llegué al automóvil. Mis manos, lívidas por la claridad lunar, estaban más lívidas que las partes que me llevaba de ti.

En el jardincito donde nos hicimos el amor aquella vez, arrojé tu pene en el macizo de jazmines. Lo cubrí con pétalos. Luego, bajo el rosal, rasqué con mis uñas la tierra, ahí donde su ramaje de arabescos plateados se volvía sombra; y deposité tus testículos.

Hincada como estaba, recé para que germinaran en flores purpúreas que yo viera crecer.

Son calumnias. No es cierto que lo haya mutilado. Sólo pretendía beber su semen, como tantas veces antes. No recuerdo qué pasó...

No se acerquen, por Dios. Déjenme abrazada a él. Quiero que nos entierren juntos; que todos los poros de mi piel se adhieran a la suya y se presen, con el peso de la lápida, en una misma tumba.

No, no soy yo la que aúlla en la noche, se los juro. Quien lo hace es otra mujer. La conozco. Vaga por las calles con el pelo revuelto, dando alaridos a la luna. Busca, como La Llorona, al hombre que se le fue. Luego, cuando sale la jauría a perseguirla, ella se filtra y desaparece en las paredes oscuras...

¿Por qué me tienen tras estos barrotes, con ese chorro brillante de azogue que se hace cuadros al tocarme, que se vuelve laberintos negros sobre mi cuerpo, móviles gusanos que se retuercen cada vez que me muevo? ¿Cómo iba a matarlo si éramos la misma persona?

¿Si cuando yo hablaba, lo que decía sonaba como el eco de su voz? ¿Si dondequiera que él iba lo seguía como su sombra, sin condiciones? ¿Si habíamos convenido en que envejeceríamos juntos, después de cien años, erguidos como los robles que crecen al borde de los ríos? Déjenme, no me quieran sofocar con esa sábana y esas cuerdas. Tengan piedad... Sólo quería que renaciera en los rosales con los hijos que no le di.

Voy a morir. Lo deseo. No tener que arrastrar el fardo de tu ausencia. Disolverme. ◇